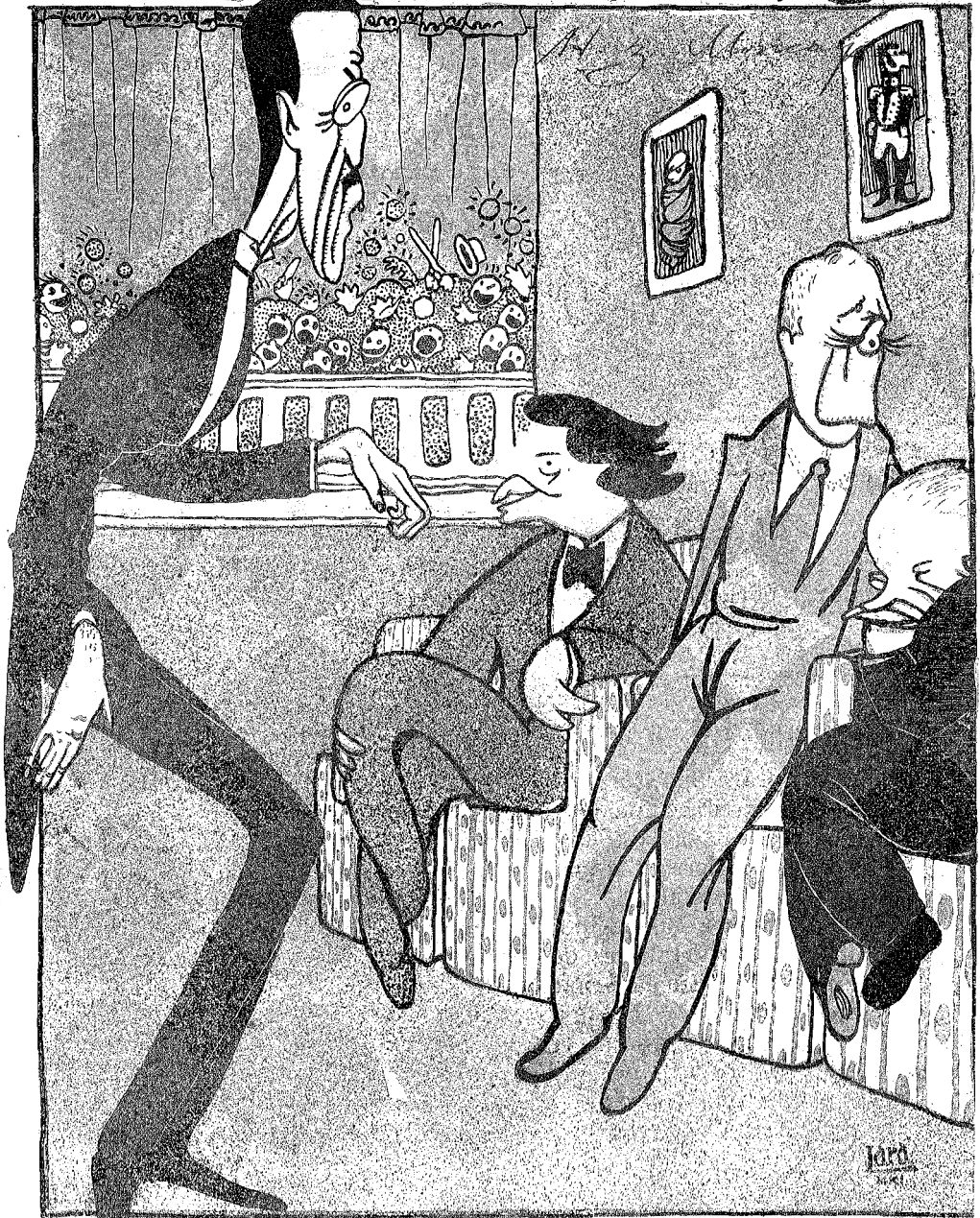


CARICATURAS



El Dr. Carlos Alberto Serrano

pone en conocimiento de su clientela que ha trasladado el **Consultorio** a la casa N.º 31 de la calle Mejía, donde ha instalado también una **Clinica** — la que fue del **Sr. Dr. Mario de la Torre** — en la cual atenderá como de costumbre a sus **CLIENTES** y más personas que le honren con su
: : : : : confianza : : : : :

Horas de consulta:

de 2 a 5 p. m.

A los militares de 11 a. m. a 12 m. y de 5 a 6 p. m.

Clinica, Consultorio y Domicilio: Mejía Núm. 31.—Teléfono 4 2 5.

TELÉFONO 3 9 0

Manuel M. Rojas

APARTADO 2 9 7

Confecciona toda clase de vestidos al gusto más exigente.

Especialidad en trabajos para militares.

Cemento Inglés marca

ANCLA

tiene permanentemente de venta por mayor y menor
The Quito Electric Light & Power Company.

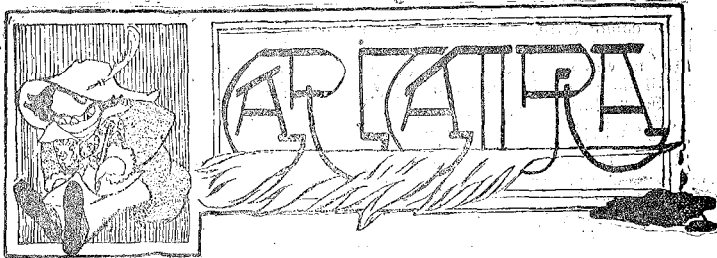
Pase Ud. a la Escuela de Artes y Oficios

y comprará barato: maletas de viaje, galápagos, útiles de montar, una cocina económica, dos catres de hierro, de una y de dos plazas y toda clase de artículos elaborados en los diversos talleres y a más bajos precios que en ninguna otra parte comercial.

Además: usted puede mandar a hacer toda clase de obras en los talleres de Sastrería, Zapatería, Carpintería, Tipografía, Encuadernación, Tallado, Talabartería, Carrocería, Mecánica y Fotograbado.

Los clisés que se trabajan en la Escuela se hacen con gran cuidado y perfección artística.

En todo, precios módicos.



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

IMPRESION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO N°. 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

AÑO III

Quito, Enero 2 de 1921

NÚMERO 82

CARICATURA saluda a sus lectoras gentiles y a sus lectores benévolos, y les desea felicidades innumerables durante cuatro lustros consecutivos y completos, o sea del primero de enero de 1921 al treinta y uno de diciembre de 1930.

PITORREO

Un manifiesto en verso

Hay poetas que se inspiran en las cosas más absurdas. Maldoror tuvo la extravagancia impondrable de cantar el esturpe que causa ver un paraguas viejo sobre una mesa de antropías. Pero hay otros, en cambio, que no salan de la tuna bella, de la amada de ojos azules, del abedul triste... Estos caballeros del rípio forman nada en nuestra mediocridad ambiente y muy pocos son aquellos vates exquisitos, con tal fuerza de inspiración, que son capaces de hacerle versos... a las pantallas que reposan debajo de la cama. Pero na-

die como el señor Rendón, aquel señor Rendón de la bola separatista. Es una maravilla: el coloso de Rodas se queda enano ante este gigante de la poesía: las pirámides de Egipto son tortas y pan pintado ante la inspiración sobrehumana de este poeta jocundo. ¿Que no? ¡Callad ignorantes! El señor Rendón no sólo hace versos a "El Perejil" y "La borraja", pues la fuente del verso está fluyendo tan inagotablemente en su espíritu, que para no ahogarse en un mar de ritmos y de rimas, tiene que cantar, cantar, cantar a lo que

sea, a lo que venga, a lo que asome...

Y es así como últimamente nos lanza desde las columnas de «El Telégrafo» un manifiesto en verso. «Mi manifiesto» se llama esta linda obra, este insuperable ejemplo del esfuerzo humano, este precioso trabajo de arte, esta miniatura sutilíma, este camaleón encantador que ya hubieran querido firmar Eabéu Darío y el pobre Verlaine. El tema es sencillo, acaso demasiado pueril. Y en esto precisamente estriba la grandeza de estos versos, pues el más glorioso poeta del mundo no hubiera escrito un verso con motivo tan banal. El señor Rendón, en cambio, ha cincelado todo un escaudón de quintillas. Admiraos cada vez más: el tema está en las siguientes palabras: «El Gobierno me ha hecho decir por el órgano oficial, que si me trasladó a Quito, se verá obligado a hacerme vigilar». Oh! Maravilla de inspiración! Poe, con todos sus talentos y todas sus décimas extravagancias, se habría quedado perplejo, sin poder decir *chus ni mus*, si le hubieran pedido que haga un verso con tema tan prosaico. Pero el señor Rendón ha encontrado un formidable raudal de poesía en la hipotética amenaza del Gobierno y desenvainando la lira, ávido de gloria, poseído por el demonio divino de la inspiración, se encumbra por las divinas regiones del arte. Habríamos querido reproducir íntegramente el bellissimo poema «Mi Manifiesto», pero la exigüidad de nuestras páginas no nos lo permiten.

Pedimos, pues, a nuestros lectores que se contenten solamente con algunos renglones cortos. Helos aquí:

Compatriotas, dicho y hecho;
e vuelvo un conspirador;
ya está mi gente en acecho

y a encubrirme voy derecho,
trastornando al Ecuador.

¡Oh dicha! Suenan mi nombre
para caudillo inmortar
y así, que nadie se asombre
que anhela gloria y renombre,
haciendo a mi patria un mal.

A hacer de mi capa un sayo
tengo derecho ¿sí o no?
Abur mi honradez. Me ensayo
a derribar a Tamayo,
aunque su amigo soy yo.

Mi probado patriotismo
¿cómo me va a contenci?
donde es el mejor civismo
atardar de egoísmo
y codiciar el poder?

A mi influencia ¿quién resiste?
¿quién a mi fuerza y valor?
Y nadie, paisanos, chiste,
si no quiero verse triste
al no ser yo el amo y señor.

Quien vive con techo abierto
y paredes de cristal,
en la capital o el puerto,
aunque sufra injusto entuerto,
segurá sin obrar mal.

Duerma el Gobierno tranquilo
si sólo abriga el temor
de que le corte yo el hilo,
que a la paz no pondrá en vilto
quien tanto ama al Ecuador.

¿Qué tal? Y abur de comentarios como
diría el Excmo. y Rvdmo. señor Rendón.

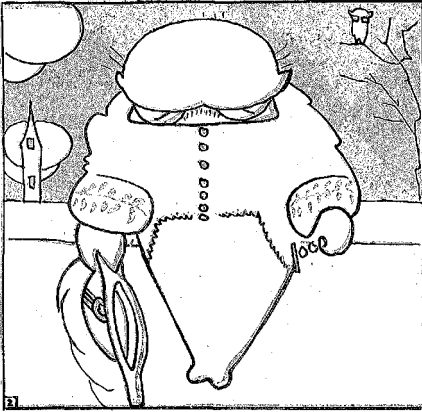
Conoce usted "Novedades", la mejor revista
ilustrada nacional, que publica en Guayaquil la **Editorial
Mundo Moderno?**

La librería «EDITORIA» del Sr. *Arcesio Vela F.* tiene
la Agencia especial en Quito—Ocurra allí por ella.

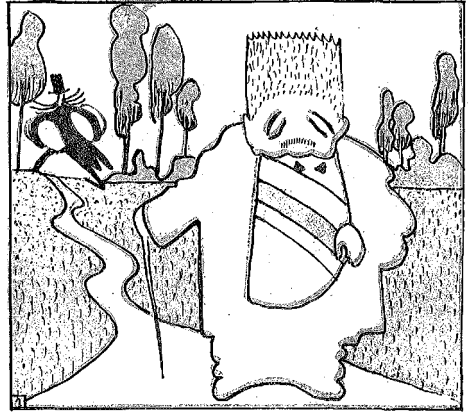
AGENTE DE "CARICATURA" EN GUAYAQUIL

El señor don Bonifacio Muñoz

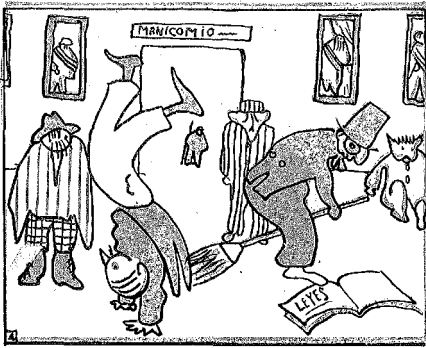
"Librería Sucre"— Calle Fichincha, apartado 492



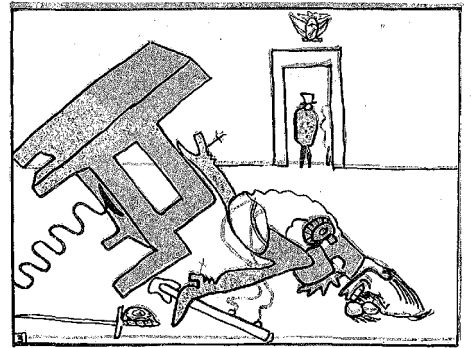
EL Dr. PONCE de MINISTRO de R.R.E.E.



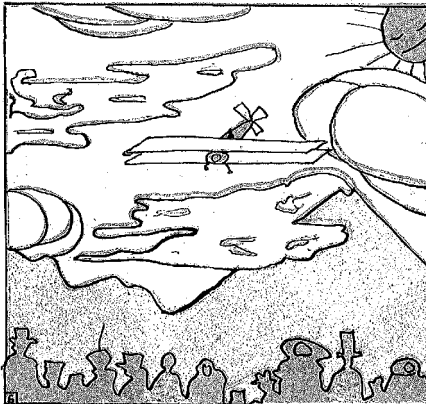
LA TRASMISION DEL MANDO



EL CELEBRE CONGRESO DE 1920



VON OLIVA CAE DEL ESTADO MAYOR...



LA AVIACION en el ECUADOR



LA Llagada de los CENTENARIOS

Discurso Gastronómico

Pues, señores y amigos, suceden cosas que es para reír un mes. Y se ven otras!... Los «clientes» de «Caricatura» habían gozado ya con los lindos versos del señor Rendón, versos patrióticos, versos burlescos, versos sentimentales, reivindicadores, versos amenazadores... Lo curioso es que un hombre serio como el señor Rendón, de edad proveceta, de barbas provecetas y de ademanes provecetos, se dedique a pasar el tiempo cazando rimas y haciendo «Manifiestos» en verso. Es algo ridículo. Como ridículo es el discurso pronunciado por el notable economista Sr. Vásconez Gómez, en el banquete ofrecido a la Misión Acorssi. ¿Ridículo? Acaso peque de exagerada esta calificación; pero... ¿Conocía al señor Vásconez Gómez? Ah! Economista ilustre, financierista formidable, tiene ideas tan nuevas y tan incógnitas que nadie antes de él se atrevió a pensar tan alto y nadie después de él se atreverá tampoco... Sus hermosas doctrinas sobre economía, que es la ciencia que domina ampliamente el señor Vásconez, están llamadas a regenerar el mundo y a realizar el milagro de transformar el Ecuador en país próspero y feliz.— ¡Sus doctrinas! Sí, sí, no os admiréis, pues desde hace mucho tiempo el señor Vásconez las tiene ya. Algunas de ellas, en verdad, las encontró en Leroy Beaulieu, ilustre discípulo de Sócrates; pero eso nada quiere decir y por el contrario prueba la capacidad asimilativa del señor Vásconez.

Nosotros tuvimos ocasión de conocer las grandes facultades que tiene el señor Vásconez para las finanzas cuando su misión en Buenos Aires. En las grandes conferencias que se realizaron en la ciudad bonaerense, pronunció varios discursos que fueron el pasmo de todo el mundo. Además, puso de relieve, como siempre su gran erudición. Fue entonces cuando hizo el elogio del «Paraíso Perdido» de Milton, ese gran tratado de economía, en el cual recogió toda su ciencia ese apóstol del socialismo que se llamó Sófoeles, que más tarde fuera maestro de Máximo Gorki. Habló de los principios de Shakespeare para regularizar la importación y exportación y explicó la génesis que había sufrido a través del mundo la endémiosis y exómiosis del comercio. Explicó los remedios que para curar el mal del capitalismo quería poner en práctica el sabio histólogo Ramón y Cajal, y dijo que la Histología en

sus vinculaciones con el comercio de exportación no convenía a los países de América.

Habló, en fin, y dijo muchas cosas. Y desde entonces admiramos su gran talento y siempre que vemos algo suyo, lo leemos con exquisita morosidad. Por eso, leímos hace poco, el famoso Infortunio que pasó a la Cámara de Comercio de Quito y en el cual exponía los descubrimientos famosos que había realizado su talento mediante estatuos serenos.

Hablando del cable, decía: «El cable casi siempre sirve para transmitir noticias... ¿Qué les parece? Y nosotros que creíamos que el cable era un plato delicioso de la cocina italiana!..»

Hey, nuevamente hemos tenido un cuarto de hora de júbilo con la lectura del precioso discurso que pronunció en el banquete dado a la Misión Acorssi. En esta pieza de magnificante oratoria hemos comprobado una vez más que el señor Vásconez no solo es inteligente sino también erudito. Su discurso está lleno de citas admirables y sobre todo muy oportunas. ¿De qué creéis que habla en su discurso? De muchas cosas que no tienen ninguna relación con el banquete. Cita a Darwin en vez de elogiar a Pantagruel y expone ideas aprendidas en aquellos financieristas que sólo él conoce...

¿Queréis gozar vosotros de tan bello discurso? He aquí algunas frases geniales:

«En la etapa actual de la civilización, no hay pueblo que aspire a progresar y enriquecerse, sin contar con el factor de la interdependencia con los demás pueblos...»

«La vieja teoría alemana, utilizada del principio darwiniano de la concurrencia vital, de que los pueblos fuertes son los únicos que tienen derecho a sobrevivir. Pero luego se vio que la debilidad de los Estados pequeños no es para ellos una causa de ruina, porque llegan siempre a tener o crear intereses—la mejor forma de alianza—con los pueblos fuertes. Capitales o productos, tierras o brazos, emigración o colonización, de un país a otro se establece para todas las energías un equilibrio de vasos comunicantes. . . .»

«Más por lo mismo, que la interdependencia progresiva de los pueblos constituye una especie de sociedad de los mismos, los Estado-pobres para poder importar el elemento población y para poder contratar empréstitos. . . .»

"Y he ahí por qué el Benador, que vio en todo tiempo en la Nación Italiana un alto valor representativo de la cultura latina.

"Vuestros trabajos podrán, pues, desarrollarse y fenetificar en condiciones de un medio ambiente nada refractario. En la experiencia tranquilizadora de lo que el aporte de la inmigración italiana ha significado, tenemos motivo a una actitud triunfal de esperanzas. . . .

"Y esta fe completa en la [virtualidad de] vuestra fecunda colaboración se afirma aún más en vista de las condiciones de altísima capacidad. Con curiosidad inteligente, con circunspección de técnicos experimentados, con amor serio, dentro de una equivalencia de intereses, sea fructífero el convenio a que habremos de llegar. . . .

Etc., etc., etc.

Rectificaciones

Un desconocido colaborador de «El Día», y q' por desconocido seguramente, se atreve a lanzar los más infundados y apriorísticos conceptos, viene publicando unos cuantos renitidos, o "suellos", sobre la Escuela de Bellas Artes, su profesorado, ciertos talleres, etc.; pero con un casi perfecto desconocimiento de las cosas.

No es que rechazemos en absoluto algunas observaciones, muy escasas, por cierto. Pero quien magistralmente opina sobre reformas y reorganización, suposiciones y adiciones, con ínfulas dictatoriales "de que aquello debe pasar allá y este otro se debe llevar acullá", debe, aparte de ser una verdadera autoridad (y descubierta, sobre todo) conocer a fondo ciertos detalles de esa mentada Escuela.

Hay entre las notables injusticias de ese comentarista y cínico desconocido, una, grande sobre todas, que nosotros, como buenos conocedores, no podemos dejarla pasar.

Dice en "El Día" del 29 de diciembre último, en el artículo "Escuela de Bellas Artes", que el Taller de Litografía no debe formar parte de la Escuela de Bellas Artes, sino que debe anexarse a la Imprenta Nacional; que la actual organización tiene mil inconvenientes, y que todo ello ni siquiera está compensado con la formación de litógrafos nacionales.

Y aquí está la falsedad como un monte.

Reconocida ha sido siempre la habilidad de nuestros artistas, dibujantes y mecánicos y hasta de nuestros obreros. Sin escuela muchas veces, sin maestro y sin dirección, han llegado a dominar así en delicadas labores de arte como en el complicado manejo de máquinas. Y uno de los ramos en que indudablemente han sobresalido, trabajando con una habilidad admirable, ha sido el difícil ramo del dibujo y trabajo litográfico.

Tenemos litógrafos dibujantes y litógrafos mecánicos, tan hábiles como los mejores del mundo, y que no sólo podrían manejar y dirigir talleres pequeños como los nuestros, sino las más grandes y modernas máquinas.

Entre otros compañeros sobresalientes, como Sres. Redín, García, Yépez, y varios otros, tenemos al Sr. Teófilo Uzcátegui, q' ha llegado a dominar hasta en los últimos detalles, todo el complicado Arte Litográfico comprobándolo con numerosos y espléndidos trabajos.

Hay, pues, que rectificar así los erróneos conceptos del citado colaborador, poniendo de manifiesto cuanto han hecho y, sobre todo, cuanto pueden hacer esos jóvenes que aún no han encontrado mayores medios ni un campo más activo, más vasto y remunerador para su esmero y su capacidad.

A. T. y C.

Dr. Leonidas P. Zurita

CIURJANO DENTISTA

Ofrece al público y su distinguida clientela, esmero en sus trabajos profesionales.
Horas de Oficina: de 8 a 11 y de 1 a 5.—Día Sábado 11 a 12 gratis a los pobres.
Carrera Venezuela, frente al Hotel "La Palma".

JOYERIA

S. D. CISNEROS

Carrera Guayaquil.-N°. 58.

AÑO NUEVO

A las doce de la noche por las puertas de la gloria
Y el fulgor de perla y oro de una luz extraterrestre,
Sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria,
San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara,
De que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión;
Y el anillo de su diestra, hecho cual si fuese para
Salomón.

Sus pies cubren los joyeles de la Osa adamantina,
Y su capa raras piedras de una ilustre Visapur;
Y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente ¿va encontrar el áureo barco,
Donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey Enero?
Ya la aljaba de Diciembre se fue toda por el arco
Del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno
El inmenso Sagitario no se cansa de flechar;
Le sustenta el frío Polo, lo corona el blanco Invierno,
Y le cubre los riñones el vellón azul del mar.

Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;
Doce aljabas, cada año, para él trae el rey Enero;
En la sombra se destaca la figura vencedora
del Arquero.

Al redor de la figura del gigante se oye el vuelo
Misterioso y fugitivo de las almas que se van,
Y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo
Con sus alas membranosas el murciélago Satán.
San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de virtudes,
Del celeste Vaticano se detiene en los umbrales
Mientras himnos y motetes canta un coro de laudes
Inmortales.

Reza el santo y pontifica; y al mirar que viene el barco
Donde en triunfo llega Enero,
Ante Dios bendice al mundo; y su brazo abarca el arco
y el Arquero.

Rubén Darío.

dibujo de Arpiazu.



Zalamerías

DIVAGACIONES

Anoche, mientras paseaba por las calles en melancolía silenciosa e intensa, encontré, casualmente, frente a la puerta de una vieja iglesia austera e imponente, este pequeñito símbolo de frivolidad y de coquetería: un lazo de cinta rosada que, sin duda, se escurrió de alguna cabellera femenina. Como con extraña sensación supersticiosa lo tomé en mis manos y lo guardé presuroso.

Y ahora, al levantarme, en esta mañana clara y llena de sol, de un sol alogro que se entra por las ventanas en una sonora explosión de juventud y de primavera, he cogido de nuevo el lazo de cinta rosada y suave que se escapó de alguna cabecita de mujer.

De mujer. Pero ¿de qué mujer? Esta pregunta me obsesiona. Acaso, es ridículo lo que pasa actualmente en mi espíritu. Mas ¿quién ha marcado una notable diferencia entre lo grotesco, lo risible y lo serio, lo digno de preocupación? Depende siempre esto de la manera de ver personal. Del punto de vista en que se coloca cada uno.

Y la pregunta surge de nuevo: ¿de qué mujer? ¿En qué cabecita femenina tuvo su sitio este pedazo de tela tenue y perfumado? Qué ilusiones cobijó e intensificó con su matiz claro y sonriente?

Rostras diversos se dibujan en mi imaginación. ¿Cuál de ellos es, se asemeja siquiera al verdadero, al de la Desconocida?

Acaso este pequeñito y frágil adorno lució en la cabellera rubia, intensamente rubia, de aquella muchachita de catorce años, cuyo rostro tiene todavía la divina ingenuidad y la clara inocencia de las almas niñas que no han sentido el aletazo imperativo y quemante de la Carne y de la Vida; de aquella muchachita sonrosada y sonriente, mi vecina, que un día, sin saberlo, fue para el corazón dolorido y angustiado del Poeta como un divino bálsamo de consolación, inmaculado y

sugestivo. Y acaso también, este pedacito de seda era una ilusión para su blonda poseedora, su primera ilusión perdida que ha cubierto de lágrimas sus grandes pupilas inefables.

O tal vez estuvo en la cabecita locuela, enseñadora y romántica de esta otra mujercita que ya tiene dieciocho años y sabe de las cosas de amor y de los besos discretos y fervorosos del novio y del encanto sentimental de las noches lunadas...

¿De tantas mujercitas! De la que ingenuamente espera al soñado Príncipe Azul de los cuentos infantiles; de la que ya probó la copa amarga de la Vida; de la que llora, en silencio, por su juventud que se agosta, estéril, en la lucha diaria; o de la que sólo tiene, para todo, su sonrisa de indiferencia o de desdén.

Y pudo haber estado el lazo de cinta coquetón entre los cabellos perfumados y brillantes de las cortesanas, de esas extrañas mujeres que pasan por nuestro lado ofreciéndonos su carne, sus labios, su fingida alegría, y llevan, sin embargo, en el alma, muy adentro, muy incomprendida, la infinita tristeza del amor mercenario. Aquellas mujeres de curvas deformadas y ojeras profundas a quienes todos creemos tan malas, porque venden sus cuerpos...

¿Cómo me obsesiona la pregunta irresponsable! ¿De qué mujer? ¿Qué cabeza, rubia o morena, infantil o ya otoñada, profanada por muchos labios o intocada todavía, lució este lazo de cinta encontrado, al azar, en la calle?

Pero pueden ser tantas, tantas mujercitas las que lo llevaron; tantas muchachas tristes, angustiadas, zaheridas por la Vida... Tantas muchachitas cuyos ojos oscuros y glaucos, luminosos, dominadores o suplicantes, se dibujan, vagamente, en mi imaginación y me llenan el alma de una emoción inefable y dulce...

Luis Aníbal Sánchez.

Cuál es la mayor inocentada?

(Según Jiménez Prieto)

Tener fe en una mujer
que por quererte, faltó
a la fe que a otro juró;
porque al fin te ha de vender
como al otro lo vendió.

(Según Asensio Más)

La inocentada mayor
es creer al majadero
que nos jura por su honor,
que es amigo verdadero
y entusiasta admirador.

(Según Moscatel)

A pescar de madrugada,
salió Juan, con frío y barro,
—¿y no pescaría nada?
—Si señor; pescó un catarro.
¿Hay mayor inocentada?

(Según Vichy)

La del Señor Soberano
al dar a la raza humana
apetitos de gusano,
y colocar la manzana
al alcance de la mano.

(Según Bambino Papini)

La de tanto pretendiente
de aspiración soberana
que sueña con los empleos
con un sueldo competente
que a fuerza de palanqueos
obtendrá seguramente
de la Misión Italiana.

(Según Horacio Flaco)

La risueña fantasía
de tantísimos poetas
que consumen sus pesetas
comprando la lotería.

AÑO NUEVO

Para «Caricatura».

Pasa el tiempo, siempre igual, y en su carrera va robando pedazos de nuestra alma, por las dichas ya sentidas y que hubieron, por las almas quinceañeras que endulzaron nuestras horas, por los seres que guiaron nuestros pasos tan inciertos.

Del pasado sólo quedan los recuerdos, siempre tristes, que agigantan las heridas! del pasado sólo queda llanto y duelo!... La barquilla tan ligera, de nuestra alma, va flotando, destrozada ya sus velas, y sin remos, a merced de la bravura de las olas y del viento... Ya se inclina... bambolea... ya suecumba en la hondura del misterio!...

Está el horizonte negro; no se mira ni una estrella. No sabemos donde vamos; es un viaje que no acaba; es un viaje muy incierto!...

Los creyentes, almas cándidas, los que sueñan con los ojos muy abiertos, dicen ver en lejananza una playa protectora muy hermosa; ven un cielo; mas nosotros, éxpatriados del país de las quimeras, no miramos sino bruma en la extensión inmensa!...

Deslizóse un año más. Cuántos viajeros se restan y cuántos se agregan! Cómo lu-

chamos todos y cómo nos desesperamos en la impotencia!

Cada año que se extingue marca el rumbo de otro nuevo; por cada tumba que se abre, hay una vida que empieza.

Y ya viene el Año Nuevo y nos trae, como todos los que fueron, sus promesas. Ya renace la esperanza en nuestros pechos!...

Olvidemos las torturas, ahoguemos nuestras quejas y esenchemos los acordes engañosos de fantásticas sirenas, y creamos que son ciertas, y soñemos, sí, soñemos!...

No es tan mala aquesta vida si se aduerme la razón y se alienta al sentimiento.

¡Oh las horas de embriaguez y de inconscencial!

¡Oh las horas que vivimos olvidados de las penas!...

Sonríamos a la suerte y busquemos unos ojos negros, grandes, que nos miren cariñosos y hechiceros, u otros ojos azules y tan bellos como el cielo que se esfuma allá, en la cima de la andina cordillera! Reclinemos la cabeza dulcemente sobre el pecho palpitante de la amada y bebamos la ambrosía de sus besos!...

Manuel M. González D.

DE LA CAMARA AÑEJA



El Senador que tiene nostalgia de las piernas largas

Semana Guayaquileña

Diciembre 29.

Crónicas para CARICATURA.

La ciudad de bullanguera, alegre, comercial y cosmopolita, pasadas las festividades del año nuevo, la despedida del viejo Cronos con su cohorte de fracasos y de miserias, se tornará solitaria y gris, envuelto en el manto tropical de nubes de invierno, densas, opacas, grises y melancólicas.

Aquí, en pequeño, también tenemos nuestros Biarritz y San Sebastián. A Playas y Salinas, desde principios de Enero, se dirigen las familias aristocráticas o las mimadas de la fortuna, para gozar del glauco monstruo marino, de sus tempestades, sus calmas, y sus tormentas; de su cielo azul y sus playas de oro reverberantes, tostados a la caricia del sol.

No hablamos de Posorja, la muerta, porque un gran incendio la destruyó y hoy es un recuerdo, una remembranza, una lírica sombra de lo que fue. Las balandras de hinchadas velas, los botes y lanchas que cruzan por sus contornos, pesan indiferentes a las ruinas y los escombros, a su costa negra, húmeda y cenicienta, en donde yacen muchas villas y casas de potentados, que supieron toda una historia de amor, de caricias y de pasión.

No se es guayaquileño, si se permanece durante la estación invernal, dentro del perímetro de la urbe: de nada sirve, con las aguas-lluvias, la fastuosa avenida 9 de Octubre y su parque en germen, donde triunfa la inmortalidad de su monumento, en que juegan un poema de arte el mármol, el bronce y el granito, al conjuro del escoplo mágico de Querol, el maestro de los motivos heroicos americano... el intérprete de la epopeya de la libertad y la independencia.

Como por arte de encantamiento, por maleficio de las brujas, pesadillas horribles de Don Quijote, las cintas de autos des aparecen de nuestras calles. No desfilan las damas encapotadas, elegantes y rítmicas en el Buick, el Paige o el Cadillac. Apenas escucha el oído atento del periodista, el rumor de música de alas, del silencio si se quiere, preludiando la despedida de los habitantes, que se aproxima.

Solamente la política y los políticos no abandonan sus trincheras y barricadas. Del un lado, el honor, el patriotismo, la

dignidad; del otro, los hombres acanallados y perversos, los que defienden el robo, el chanchullo y el negociado, los deformes de espíritu. *Voilà tout...*

Falta aún hablar de la crisis, de sus prolongaciones y consecuencias. El oro, para mejor escribir, el dollar, sube, en una espiral fantástica hacia el obscuro limbo del cambio. Los Bancos gritan, los comerciantes también; no hay letras; la mercadería se cotiza a precios enormes, jamás oídos. Ni el Rey Midas podría comprar ahora media docena de vestidos de casimir. Las novias enloquecen, porque así se complica, hasta lo imposible y absurdo, el problema matrimonial. Los padres de familia, los patriarcas de ondulada barba florida, meditan sobre los escombros de su ya lejana luna de miel. Y ellas, siempre exigentes, desean cambiar de trajes cada mañana, buscan figurines y consultan a las pitonisas del chic, mientras grávidos caballeros y jóvenes prematuramente envejecidos en el laberinto financiero, formando la Junta Consultiva, aconsejan la panacea, la piedra filosofal, el rutilante de un Congreso Extraordinario, máximo y admirable como aquel de Bolívar.

Tal es Guayaquil, la amada ciudad, en sus postreros crepúsculos de verano, cuando casi no asoma el sol, porque Neptuno se impone y triunfa con la monotonía de sus aguas, que desprendiéndose de los cielos en cataratas, riman una lúgubre sinfonía con ecos muy hondos en nuestro espíritu y corazón.

Gastón DELYS.

En el Coliseum

Martes de moda.—Bauda militar por la noche.

Los Viernes.—Tó bailable de 9 a 11 p. m.

El Ministro de Guerra y CARICATURA

UN PALIQUE ACERCA DE LA DEFENSA NACIONAL

Por Pedro Recio.

¡Aviación! ¡Defensa Nacional! ¡La Patria! ¡El Patriotismo!... He ahí las palabras que han surgido de todos los labios, que se han leído en todos los periódicos y que han constituido la letanía sensiblera y romántica de estos últimos días de greguería espesa y rampiona.... En tanto Liut ha volado, se ha divertido en todas partes, ha sido objeto de manifestaciones abracadabrantes, y el *sable*, el *sable* masculino y femenino, que no es como la espada de Bernardo, ha pinchado y cortado todo lo pinchable y cortable, sin distinción de edades, condiciones ni coloridos políticos.... Una delicia, conciudadanos!

Fondos para incrementar la Escuela de Aviación, se ha dicho; el patriotismo—palabra que ya debe desaparecer del léxico—se ha invocado; y el peligro que entraña la actitud del vecindario, ha sido puesto en música y cantado en todos los tonos... ¿Todo para qué? Para imponerle una contribución patriótica al primer prójimo que pase por la calle y dejarlo tieso, como si hubiese sido petrificado por un rayo.... Oh! maravilla del *sable* moderno, oh invención magnífica que tan buenos y brillantes resultados ha dado!... Sobre todo cuando está manejado por las mujeres, bellas enemigas de la tranquilidad del alma. Porque, concebís el horror que entraña la negativa de un hombre, viejo o joven, ante la súplica bondadosa y elegante de una muchacha bonita que, al mismo tiempo que os ofrece una escarapela tricolor os otorga el don de una deliciosa sonrisa?... ¡Y todo por un suere!...—Nadie, absolutamente nadie puede resistirse a tal hechizo, y por eso es que... aumentan los fondos para la defensa nacional....

Empero, en medio del general concierto patriótico que ha hecho palpar tantos y tantos corazones que quieren defenderse a sí propios y defender el intocado territorio ecuatoriano, sólo yo he rehusado participar de la alegría ambiente, como diña un modernista, para hundirme en un mar de contemplaciones infinitas... Y a lo lejos he mirado nuestra gran armada nacional y los asimismo grandes aviones nacionales últimamente adquiridos con los últimos fondos colectados por el último Gobierno que hizo

nuestra última felicidad... Y como espectáculo tan grandioso y edificante, me pareció imposible y creí estar engañado por mis sentidos, casi siempre falibles por humanos, decidí acudir al señor Ministro de Marina y Aviación, para salir de estas terribles dudas que sembraron la intranquilidad en mi espíritu. Y fui....

—Buenos días, señor Ministro.
—Buenos días, señor Recio.

—Tengo unas pocas frases obligadas acerca de las circunstancias climatéricas y de la revolucionaria y continuamos dialogando con tan simpática persona, muy tranquila, equánime y reposada, y tanto que francamente, no parece Ministro de Estado, y mucho menos Ministro de Guerra. ¿No es cierto carísimo y estimabilísimo señor don Octavio Gerardo?..)

—Acabo de ser víctima de una horrible pesadilla que me tiene enajenado, fuera de mí. Imagínese usted, señor Ministro, que he visto con estos ojos que vieron a Liut y a Gucciardi, una serie infinita de aeroplanos, biplanos, submarinos, buques de alto y bajo calado, allá, en la ría de Guayaquil, constituyendo nuestra Armada Nacional. Y en el sobresalto en que me tienen ambas diabólicas visiones: la de Liut y la de la Armada, algo me queda y me inspira: una voz interior que cascabelea en mi conciencia y que me dice: pregúntale al Ministro de Guerra; pronto, sin pérdida de tiempo, si lo que has visto es sueño o realidad.... Y aquí me tiene usted señor Ministro....

—¿Cómo es eso?

—Como usted me ha oído, señor Ministro.

—¡Nada! Despreocúpese usted. Una obsesión tal vez de sus sentidos que como han visto a Liut.... ¡Créalo usted!....

—¡Oh, no es cierto?

—Nada, que usted está bromeando mi amigo... Y ya adivino a dónde quiere usted ir con esa guasita, buena sólo para inocentes... Pero, vamos: ¿qué es lo que usted desea saber? ¿Sobre qué intenta interrogarme?..

Hizo una pausa. Sonrió maliciosamente y prosiguió:

—¿No es cierto que usted quiere informarse de... de... del... paradero de... de... Liut?

—No y no, señor Ministro, porque a mí no me interesa aquel amigo. Yo deseo saber el paradero de... de... eso, a propósito de la defensa nacional.

—(Llevando el dedo pulgar a la boca y mirando por todas partes...) Silencio. Hábleme usted despacio, piano, pianísimo, porque las paredes tienen ojos y oídos las pencas, es decir, en este caso: las mesas...

—No, señor Ministro; porque yo estoy resuelto a decir las cosas sin ambages ni rodeos. Piense hablar alto, muy alto de tal manera de hacer los centros nerviosos de los que han burlado...

—(Interrumpiéndome) Cállese usted. Sus palabras me comprometen. Sea usted discreto. Aquel es un asunto que estoy tratando con todo el tino, sagacidad y secreto posibles. Porque ¡ojáse usted, amigo Recio! más se consigue callando que hablando. Sobre todo en estas cosas que empañan la delicadeza. Mire, se lo digo confidencialmente, lo que hay en el fondo es esto..., aunque mejor es no decirse lo, porque conozco lo que son los periodistas...

—¡Oh, no, señor Ministro! Dígale, dígame no más; pero pronto. Suéltelo, por Dios, suéltelo, don Octavio Gerardo... Aquí, al calor de la intimidad, dentro de la confianza y bajo los auspicios del secreto...

—¡Nada, créalo usted! ¡Poquita cosa! En fin, hablemos de otro asunto.

—Yo, (con impaciencia) ¡Poquita cosa, señor Ministro? Imposible!... Si sólo en Riobamba se habló de once mil... que se dispararon como 'se disipa el fuego en el viento de una noche de verano...

—(Intranquilo) Silencio, hombre poco cantel. ¿De qué once mil me habla usted? ¿Once mil cartuchos? ¿Once mil ilusiones de don Aurelio Cordovetz, acaso? ¡O se refiere, quizá, a los once mil sneres de la revolución intriguista y al cargo de cajero que desempeñó don Carlos Macías?

—No, por Mahoma, señor Ministro; yo me refero a los once... que el...

—Psch! ¿Y quién le ha mandado usted a soltar nombres propios?

—Pero, señor Ministro...

—Callado, amigo, calladito enéteme usted eso, porque me interesa.

... (Aquí una breve relación de cosas publicadas hasta en «Los Andes»)

—Ya lo sabía, amigo Recio: Y a propósito me han referido cosas graciosísimas y estupendas de lo que aconteció por allí, y de las cuales, seguramente usted no está informado. De saber todos los detalles, le

saldría un cuento, bien comprometido, sin duda, pero chistoso.

—La verdad, señor Ministro, que no estoy al tanto de todos los detalles. Pero sí sé que...

—(Interrumpiéndome) Silencio, amigo y señor, no espere usted afuera cosas que aún deben estar guardadas; y luego, ya irán poco a poco esclareciándose, pues «quien te cubre te descubre». Por lo demás, no sólo en Riobamba se produjo aquel jugueto de los once... al que usted alude, sino en casi todos los lugares de la República, inclusive la mismísima Capital del Inca...! Y hábleme usted de la patria, del patriotismo y de la defensa nacional...

—Todos estamos convencidos de su honradez, señor Ministro, y más que todo de su caballerosidad, y energía, porque persona que está colocada en un puesto de tanta responsabilidad, que se halla en posesión de todos los datos, con los cuales vinieran a menos muchos ídolos de barro y se anularía la reputación de casi todo un Gobierno, como el del señor Baquerizo; se produce con tan elástica flexibilidad, no hace ver un asomo de responsabilidades contra nadie ni cae en la vulgaridad de las recriminaciones, es, francamente, acreedor a la estimación de quienes le conozcan...—comenté.

—(Entre irónico y burlón) Pero a que se refiere usted amigo mío?... A decir verdad, yo no sé de lo que me habla. Estábamos en que usted había sido víctima de una pesadilla, al través de la cual vió nuestra Armada Nacional y luego me sale usted con aquello de que he procedido con gentileza. Al decirle que si usted supiera todos los detalles le saldría un cuento chistoso, aludía únicamente a la aviación, pues que de aviación estamos hablando. ¿No han querido, pues, los riobambeños que se rectifiquen en los vuelos de Liut y que éste pase por San Juan Chico...?

—Aparte bromas, señor Ministro. Yo deseo saber si es o no cierto lo que se dice en el público respecto de que usted ha dado ya con el nudo gordiano, o más bien dicho con el husillo del enredo aquel de la defensa nacional; y que, en breve, sin comprometer a nadie y sin sacar a nadie por la tangente... se descubrirá la incógnita y saldrán mondos y lirondos aquellos... aeroplanos y submarinos.

—Algo hay de cierto en lo que usted insinúa...

—Pero, realmente, es cierto?... Aparecerán algún día aquellos periódicos o los pasará lo que a las golondrinas de Baquer. Porque ya sabe usted que esas no toman y que su amor que se va, no vuelve nunca... Pues bien, yo encuentro relación en

tro algunos de esos fondos y las golondrinas del poeta, y digo que no volverán, aunque se transforme el mundo...

—Pues yo digo que sí, señor Recio, aunque lo duden todos los poetas del mundo.

—Inclusive el doctor Baquerizo?

... (Guardó un silencio muy discreto).

—Y nosotros cambiando de tono, lo interrogamos en forma seria, muy seria:

—¿Y qué resultado han dado las labores del Comité Pro-Aviación?

—Los resultados talvez no han correspondido al esfuerzo. Pero creo que pronto tendremos realizado el anhelo por el cual trabajamos tan activa y tesoneramente. Y no podía ser de otra manera, toda vez que la intervención de la mujer es decisiva y porque con ella intervienen también la juventud y la actividad. Hoy mismo estoy empeñado en el arreglo de cuentas; las que examinadas con toda escrupulosidad, serán luego presentadas al público para que este se informe de que ahora el manejo de esos fondos es correcto. Creó usted que todo se ha verificado bajo mi vigilancia y el control de comisiones encargadas de custodiar los sagrados fondos para la defensa nacional...

—De manera que estas golondrinas no volarán?

—Volarán los pilotos cuando ya esté debidamente formada la Escuela de Aviación...

—Es un procedimiento que a Ud. le honra, señor Ministro.

—¡Oh, nó; de ninguna manera. Es el cumplimiento del deber...

—Buenas tardes, señor Ministro.

—Buenas tardes, señor Recio.

Afuera, en la calle, nos sorprendió la algarabía del pueblo. La gente corría de distintas direcciones y se concentraba en un solo lugar. Y algo como un rumor de tormenta o de asonada se expandía por todas partes. ¿Qué pasaba? Eran los «no-centes» que poseídos del furor de la fiesta danzaban con entusiasmo delirante al son de una musiquilla vulgar y monótona... Era la farsa, la farsa del último día, que es el epílogo del año. La humanidad que danza al redor de los intereses creados y cuya mascarilla en vano buscamos, porque está cubierta por la fuerte malla de los convencionalismos humanos. Era la farsa que pirueteaba en medio de los «no-centes».

Y pensemos que, al fin, va a ser descubierta la farsa y arrojada la mascarilla; y que había un hombre de gran euergrafía y buena voluntad que arremote tamaña empresa.

Estamos en plena mascarada, señor Ministro; y usted que excuse que con este inocensivo reportaje hayamos querido hacer un «por inocente».

—Buenas noches, señor Ministro.

—Buenas noches, señor Recio.

Doctor Luis E. Gómez González

MEDICO - CIRUJANO

Consultas de 3 a 5 p. m.—Carrera Pichincha N.º 44—Casa del Dr. Pablo I. Navarro.

¡Resurrección!

Joaquín Augulo tenía
Tal decepción de la vida,
Que el infeliz presumía
Como suicida acabar;

Hasta que Pachito Oueva,
A quien sus cuitas contó,
Por remedio le indicó
Sidra «Borgoña» tomar

Y tan bien le va sentando,
Esta espumante bebida,
Que no termina en suicida
La buena Sidra apurando.

Tarjetas para pegar retratos

EL MEJOR SURTIDO EN PLAZA

Variedad de colores, tamaños y formas

VENDE CONSTANTEMENTE

PLACAS SEED.—PAPELES BROMURO

Guillermo López.



Alma, alma vendimiadora de todas tus cosechas
ya no tienes que dar...

Ofrendate la paz silente de espíritu infantil...

La magia vitalante de tu enveño...

La divina esperanza que floreció en la penumbra
yerma del desencanto....

Alma, alma vendimiadora de tus cosechas
aún tienes que dar...

Date tí misma en definitivo renunciamiento como
un supremo holocausto!...

Djenana.

EL POBRE PEREZ

No hay lugar más pintoresco para un observador con algo de psicólogo que una oficina de la administración pública. ¡Hay allí tipos tan interesantes!

Pasemos una breve revista.

El primero que nos llama la atención, por su traje entallado, sus uñas relucientes y su pelo asentadito y brillos es el *mazo bien*. Bien charlatán e inútil, emparentado con alguna familia de más o menos lustre, o protegido por algún político influyente. Este tipo no sabe nada de nada; goza de ciertos privilegios y su única misión consiste en pasar la vida lo mejor posible. Y lo pasa bastante bien, pues sus jefes nunca le dan trabajo de mayor cuantía por temor a que desbarre.

En segunda se nos presenta otra figura interesante: la del joven audaz y vividor que, sin parientes ricos ni políticos que lo protejan, falta tres días por semana a la oficina... y los tres restantes llega tarde, lo que no impide que él sea el primero en retirarse (talvez por aquello de que *los últimos serán los primeros*). Nunca le faltan recursos infalibles para justificar su falta de puntualidad y siempre tiene la previsión de dejar su sombrero al ascensorista o al conserje, para poder escaparse en momento propicio. Conoce de memoria el árbol genealógico de todos los caballos de carrera y—¡qué coincidencia!—falta sistemáticamente los días que hay *meeting* en el hipódromo. Cuando cobra su sueldo es visitado por un enjambre de ciertos personajes rusos que, a la legua, huelen a acreedores clásicos.

Otro tipo oficinesco clásico es el provinciano. Por lo general gasta buen humor y es dicharachero y servicial, aunque con ciertos visos de rebelde. Trabaja tarareando o silbando. Su sola preocupación, su única mira es el empleo.

Por último tropezamos con el tipo metódico y reglamentario por excelencia. Algo así como el símbolo de la Rutina. Es hombre de cierta edad, cargado de hijos. Bie pocas veces. Asiste con puntualidad cronométrica. Deja siempre en el mismo brazo de la percha su sombrero obscuro—¡fiel compañero de tantos años!—Antes de sentarse a trabajar se cambia el saco de calle por uno viejo de alpaca y se calza los sobrepuestos de celuloide. Se sabe casi al dedillo todos los trámites y fórmulas oficinescas. Es un verdadero archivo viviente al que a menudo deben recurrir sus compañeros y jefes.

*
**

A este último tipo de la familia burocrática corresponde don Eudoro Pérez... o *el pobre Pérez*—como le llaman quienes lo conocen.

Todo aquel que haya entrado a la oficina del ministerio de X... habrá visto a nuestro hombre, encorvado sobre su mesa de trabajo semi-oculto entre pilas enormes de libros y de notas, soportando con paciencia jobuna las pullas y papirotazos de sus compañeros de tareas, siempre más alegres y desocupados que él.

Es de regular estatura. No se podría decir que es grueso, aunque tampoco es un alambre. Su tez no es ni blanca ni morena: un término medio. Y como la tez el cabello; ni rubio ni azabache: castaño. ¿La edad?... Don Eudoro es de aquellos hombres que engañan mucho a este respecto. En una palabra: el hombre de este cuento es una absoluta medianía... ¡Hasta nació Pérez!

Sus camaradas, aunque se burlan de él, no dejan de admirar su ascendrado amor al trabajo. Martínez, que es *mediano poeta*, le compuso estos versos:

Según dicen las mujeres,
es el hombre como el oso.
Esto no reza con Pérez...
que nunca fue Pérez... oso.

Don Eudoro era manso como un
corderillo.

*
**

Un día ocurrieron en la oficina su-
cesos inauditos.

Pérez llegó con una hora de retraso
y sin ir a disculparse con el jefe, sen-
tóse en su escritorio a leer el diario,
con humos de gran señor.

Un compañero, asombrado, arriesgó
esta pregunta:

—¿Qué te ha pasado Pérez?

—Pues muy sencillo: ¡que no me dió
la real gana de venir a la hora! Y
dejando al otro con tamaño boca tomó
la lapicera y escribió esta carta:

*Querida Eulalia: Nuestro billete de
lotería ha salido premiado... Por favor,
no te pongas muy nerviosa y te dé el
ataque.... ¡Hemos ganado veinte mil pe-
sos! Hasta luego.—Eudoro*". Puso en
un sobre la esquela y la envió con un
mensajero.

Martínez, que le había compuesto
otro epigrama, acercóse a él para leer-
selo:

Cuando Dios del Paraíso
echó a Adán por cachafaz
le dijo: "Yo te maldigo
y pronto perecerás..
(Y decir con esto quiso:
serás Pérez, en castigo)

A mandíbula batiente celebró el co-
rro de empleados la humorada.

Pérez pegó un formidable puñetazo
sobre su mesa y, encarándose con Martí-
nez que lo miraba atónito, le dijo:

—¡Mira, nariz de pimentón: confor-
me vuelvas a escribirme otro versito, te
voy a dejar más chato que un centavo!

Las cosas no pararon aquí.

A la hora de salida, el jefe pidió a
Pérez, como de costumbre, que se que-
dase una horita más, para poner al día
el despacho.

Nuestro héroe respondió:

—¡No me quedaré! Ya estoy cansa-
do de hacer méritos que no se me tienen
en cuenta. Hace veinte años que estoy
en esta maldita oficina ganando el mis-
mo sueldo!

Y se fue.

El jefe se quedó como quien ve vi-
siones. Pero así que se hubo repuesto,
pensó:

—Tiene razón.

E inmediatamente se puso a redactar
una nota al ministro proponiendo al
señor Pérez para un cargo de más ca-
tegoría y mejor sueldo.

*
**

Cuando el pobre Pérez se enteró en
la agencia de lotería de que el billete
que le había vendido aquel vendedor
callejero era falso—¡burladamente falsifi-
cado!—recibió la misma deliciosa impresi-
ón del que recibe un cachiporrazo.

Pero como era hombre hecho a estos
reveses, echóse el sombrero hacia ade-
lante, metió las manos en los bolsillos
y se fue, con paso lento, rumbo a la
oficina.

Fue el primero en llegar. Como to-
dos los días, colgó el sombrero en el
tercer brazo de la percha, cambiáse de
saco, se puso los sobrepuños de celuloide
y empezó sus tareas..

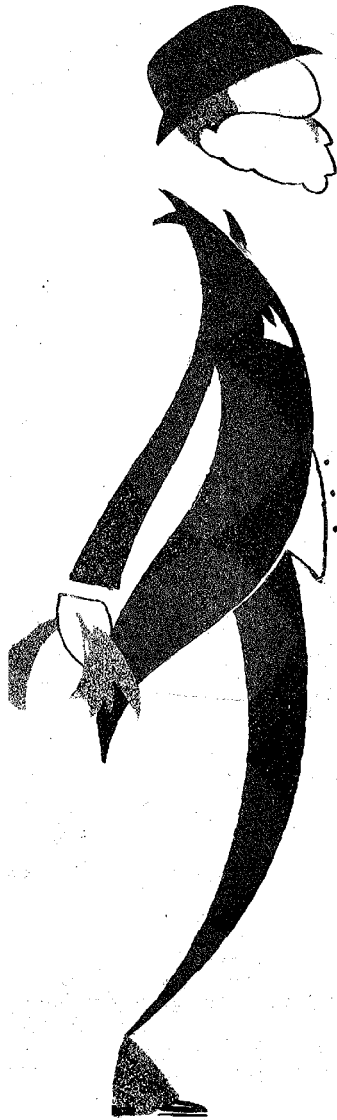
Cuando, media hora después, el jefe
entró en su despacho, Pérez se le pre-
sentó con la mansedumbre de otros tiem-
pos.

—Venía, señor—le dijo con voz tem-
blorosa—*a pedirle disculpas por mi osa-
día de ayer... Pero ¿sabe usted?... Todos
tenemos un mal momento... Le juro por
las siete cabezas de mis hijos que...*

—No me diga nada, Pérez. Por esta
vez está disculpado—respondió el superior.

Y cuando don Eudoro salió de su des-
pacho, el jefe tomó la nota que el día
antes había escrito pidiendo al ministro
un mejoramiento para el señor Pérez...
¡y la hizo mil pedazos!

O. R. Beltrán.



Morales F
X XI

EL DOLOR DEL OLVIDO

Novela corta

::: por GERARDO GALLEGOS :::

Luci, la escultora artista, tenía esa tarde una irritación nerviosa desasosegurada. Sus manos como dos lirios que se curvaran en el viento, volaban locamente sobre el teclado del piano, y las notas llorosas, tristes, irrespirables se elevaban en el crepúsculo como una oración mezclada de imprecaciones y sollozos.

No había para menos; el cariño de su Fernando había tomado una tonalidad extraña. Ingenio en su fealdad, hasta entonces no había tenido para ella un solo reflejo en el corazón. Luci lea todas las mañanas en la transparencia de esa frente, en la cariñosa mirada de esos ojos todo el inmenso amor de Fernando. Pero, desde algunos días que no era el mismo. Y, ¡oh! enigmas ella no andaba, no podía dudar de su amor. Sus halagos, sus caricias apasionadas y sinceras no ocultaban el más leve engaño. Solo que, a veces, en el intervalo de dos besos, los ojos cariñosos de Fernando se abstraían, una sombra de angustia parecía filtrarse en ellos, y un rictus de tristeza y hasta de desamparo endurecía las líneas de su rostro. Ahora mismo estaba allí, detrás, de espaldas a ella, con un libro entre las manos haciendo como que leía, pero sus ojos absortos se clavaban en el vacío, misterioso y sombrío.

Luci, artista, y como artista, sentimental e inteligente había amado en Fernando Valle su talento más que su fortuna, y luego, había sentido el hechizo de esa orgullosa melancolía de hombre superior, de esa gentileza caballeresca y legendaria, y más que todo de ese romántico dulce y soñador que en sus grandes ojos claros daban la sensación de una caricia.

Generoso y sincero, salíale ineapaz de una perfidia. Estaba segura, sus labios no, no le mentan amor. Y también ella sentía que le adoraba con toda la violencia, con todo el ímpetu de su alma ardiente, artista y soñadora.

Y en tanto que de sus manos brotaban a raudales las notas de una melódica desesperada y dolorida, el enigma torturaba el cerebro: ¿Qué misterio ensombrecía así las horas más felices de su amor? ¿Qué avulsión de recuerdos de amor o de dolor había caído sobre el corazón de Fernando, renovando secretos y lejanos pesares? Porque... ¡el presente! ¡Oh no! ¡Imposible! Pero... ¡el pasado! Y en la locura de su amor tuvo horribles celos de lo íntimo. Hubiese querido recoger toda la vida de Fernando para que a ella, a ella sola le perteneciese.

Pero ante todo había que saber, había que buscar, y Luci comenzó a repasar en la imaginación las noticias un poco vagas que tenía de la anterior vida de Fernando.

—Sí... ¿Sería ella, Silvia?... Y como un chipzaco fulguró la idea. —Sí, reafirmose, era Silvia, esa mujer por la que Fernando había tenido hacia algunos años, una pasión inmensa, dominante, y de la que ella, Luci, tenía el retrato, catalogado por él como prueba de su olvido... Pero, quizá el olvido no había sido tan completo como al principio lo creyera. —Sí, pasó, ese amor tan grande que se rió de sangre al bordear los abismos del trágico, ni se borra, ni se olvida fácilmente... Y, esa, esa mujer era tan poderosa que por encima de todos los amores, de todas las ternuras existentes, dominaba inconquistable en el corazón de Fernando.

Luci inclino la cabeza sabedora, se hundieron sus ojos y de sus labios surgieron como un trinar de aves heridas, notas agudas, suplicantes, que en la serenidad de la tarde que moría parecían oraciones y gemidos.

Las luces se apagaron y una lluvia de rayos bañó de plata el lujoso salón. Luci dejó de tocar, y volviórse hacia Fernando le contempló un instante entre sus ojos y reventó. —Estaba bellísima. Esbozó una sonrisa, y a pasos lentos, rítmicos se dirigió hacia él. Apoyó la bella mano dual en uno de los hombros e inclinándose un poco le dijo:

—Vamos, Fernando ¡mí! te interesa tanto esa lectura que te olvidas de tu Luci? ¿Has una hora que estoy detrás de ti, y tú ni por entendido. ¡Ea para suojarse! Y sonriendo le golpeó cariñosamente la mejilla. Fernando volvióse hacia ella, la miró complacido y tomándole la cabeza entre las manos, la besó con besos menudos, fugitivos, en la frente y en los ojos.

—No, Lucita mía, le contestó, en tanto que la hacía sentir a su lado resplandeciendo en el hombro la rubia cabecita. —Sí es que no leía.

—¿Y entonces? —Pensaba en tí. En nuestro amor. Y la miró a los ojos, tenaz, apasionado, pero con un fondo de tristeza tal, que Luci, por no romper en sollozos bajó los suyos, diciéndole con voz queda, suplicante:

—Fernando, ¿qué te pasa? ¡Te ruego! ¡Cuéntamelo! Su voz armoniosa y musical sonaba a lloro. Fernando comprendió de improviso todo lo que usaba en el alma de Luci. Como si el estrocho contra sí, diciéndola persuasivo:

—¡Contártel! ¿Qué? Si a mí no me pasa nada. —¡Cuéntame! Insistía ella.

No había que hacer, y quizá su corazón anhelaba este momento, desahogado de dolores del peso que le oprimía.

—Yo te lo diría, pero... es tan extraño, tan paradójico que no podría explicártelo. Quizá no me comprenderías. Te retrías de mí. Y tal vez no te faltaría razón...

—¡Cuéntame! Insistía ella, con el dulce acento de un niño mimado que sabe que no lo van a contrariar.

—Sí, sí, pero, como decías! Cómo empezad? Y Fernando se quedó pensativo, afanado. Con la diestra acariciaba su cabello negro y ondulante, mientras con la otra mano arrojaba en la cochera de un cenicero la ceniza de su cigarrillo a medio terminar. Sus ojos vagaban irresolutos por los paisajes que decoraban el salón.

Decididamente, quería aparecer des preocupado, pero no, no podía. Los movimientos de la inquietud que escurriábase el fondo del alma, en busca del tesoro de recorditos recuerdos se le transparentaba en el cristal de los ojos y en la indiferencia de los ademanes podía la emoción imperceptible de su negra.

—Tras un doloroso silencio, interrumpió Luci: —Te daré el principio. Dime. ¿No es verdad que se trata de... de Silvia?

Fernando la miró en extremo sorprendido. —Sí... Pero...

—Sí... Y Luci sentió con amarga sorpresa, en el trinar doloroso de sus presentimientos.

Fernando comenzó a hablar en voz pausada, melancólica, como al desde el fondo del alma, insostenible lo

brotesen a los labios todos sus recuerdos... mezclados con todos sus pesares:

—¿Dí, Luci mía, sabes algo de mi vida, vida extraña, vida de dolor, que pudiendo ser muy buena tuvo el capricho de ser muy infame para mí. Muchas veces, herido, yo, he arido en encontrar el refugio de paz para mis sueños, pero siempre el laberinto del desengaño actual ha caído sobre mi alma dolida, arrojando otro error más sangriento y más profundo. Era, como, fatigado, una tarde en que las latidas de mi pobre corazón, parecían golpes que los angustiosos de una campana que llegase a muerte, llegué hasta U. Panteón buena. Activistas que en mis labios se está todo el amargor de una vida desgraciada, y, Samaritana de amor, me hundiste los ojos, llenos de dulzura para que supiera de la miel de dicha y de ventura. Supiste de mi fatiga, de mi desaliento y en tu regazo roicé mi cabeza. Y en la intuición de mis dolores floreció junto a mí.

Buena Luci mía, el hechizo de tus ojos, el milagro de las manos durmieron mis angustias, y en mi alma al contacto de tu alma, volví a ser a florecer en rosa blanca mis ilusiones pierdas en la vida. Volví a hacer.

En el triunfo, y tú, Luci, me hiciste, me haces muy feliz. Para a cosas como la ausencia de un reptil que dormiese enroscado en mi corazón, he sentido el temor de perderlo, de que tú también, causada, te alejases de mí, como una mariposa hacia la luz, huyendo de las sombras de mi alma.

Y... no te resistas, Luci, adorada—esta noche, esta inquietud, se ha formado en seguridad. Hoy, mañana, después, no lo sé; pero tú, la más piadosa, la más buena, a igual que todas, me abandonaras en una cueva jada del camino; y otra vez, desesperado, sin rumbo, yo hallé el solitario y sombrío en la oscura senda de mi destino... Y el acaso, me cía cualquiera viviese en mi ruta a tropezar con la mía, fué la más piadosa, pasiva, indiferente, imposible, como si nunca nuestro corazón hubiesen rimado juntos la misma canción de amor y de ensueño.

Si, Luci, goceos del minuto encantado. Las grandes pasiones como los grandes dolores no pueden, no pueden, no deben durar mucho.

—No lores! Vale más no pensar en el olvido irremediable como no pensamos en la muerte. !!

.....
Luci, flor de angustia, reclinada la cabeza a una mano, lloraba en silencio, leuta, copiosamente, sin un gesto ni un sollozo. Y las lágrimas al rodar desprendidas de sus ojos color de cielo semejaban un desgarro de estrellas y luceros.

—¡Oh! ¡guio, con voz rota por el llanto. ¡Me haces mucho daño!... ¿Por qué me hablas así?... ¿Por qué insultas mi corazón y mi amor, hablando de abandonos y de olvidos?... Cierro. No te emprendo. Pero no río. Llora.

—¡Ah! ¿qué no me comprendes? ¿Qué te insulto? Oyeme, Luci, tú no te comprendes porque no has sentido como yo, en mitad del corazón, con la deriva última de mis idealismos de soñador, el escepticismo de la vida toda. Cilla Luci, continuó Fernando, acariciando las manos blancas, melifluas, que destilaban entre las suyas como cis, tronchadas azules, voy a descubrirte mi corazón y una página no poco triste del libro de mi vida y sabiendo de mis muertos amores y de mis vivos dolores me comprenderás y me compadecerás.

Luci hizo un esfuerzo, se enjugó los ojos y con voz quedada como un suspiro lo dijo:

—Si, Fernando. ¡Habla!

—Pues bien! Si. De ella, de Silvia se trata... ¡A qué negarte! ¡Sofía una mujer! Fue mi primer amor. Y hasta que tú llegaste, la pasión más grande de mi vida.

Noa colocamos, allá, hace muchos años, en la primavera de nuestras vidas. Ella era alumna de un Colegio de Monjas y yo estudiaba el segundo año de Filosofía.

Era una hermosa niña, muy fina. La florecía cunso breña las manos blancas, melifluas, que destilaban entre las suyas como cis, tronchadas azules, voy a descubrirte mi corazón y una página no poco triste del libro de mi vida y sabiendo de mis muertos amores y de mis vivos dolores me comprenderás y me compadecerás.

te, sin cuidarnos de no tropezar en los charcos de agua. Yo iba muy junto a la pared y mirando al suelo. Al volver una esquina sentí una sombra delante de mí, pero no pude evitar el choque y en el fango de la calle rodaron profusamente ramilletes de lirios, pensamientos, violetas y zencanos, que llevara una indolente sobre un escarabajo charal. Mis compañeros, desentusados, corrieron con bulucos catalanes el viento, sin cuidarse de la colora de la patrona—Silvia—que a pocos pasos contemplaba asombrada el imperioso destrizo de su oferta a un zencano que Suntu—según sus pasos después—. Y gracias que el golpeo verigüinoso de la campana del colegio, cortó las ya comenzadas bulucos y sacrasmos, botocodotes empujando y más velozmente la carrera. Mientras tanto, yo humilde y confundido, trataba de recoger las deshechas flores. ¡Luché trabajo. Pero concluímos de amigos. Mi humildad y la oferta de mejores y más numerosas flores, tornaron en risas la mirada presbista de esos labios primorosos. La anomalia hasta su Colegio sin importancia del castigo que me aguardaba por el atraso. Y cuando una hora después el rigido Virgilante me castigaba haciéndome arrojarse en el desierto de Chumero, no se figuraba de signo que me prop roto a los diez minutos de evocar a gusto esa graciosa imagen.

Así nacieron—añadido tristemente—esos amores que como todos en la vida comenzaron siendo romances de sólo ensueños e ilusiones, luego hechos, tempestades, picarecos y dolores infinitos, para concluir abismándose lentos, silenciosamente en las profundas sombras del olvido.

Un año, dos años después, lo recuerdo bien, finaliza ha el preludio romántico y ensañador de un cariño que, nadie lo hubiera creído, había de tornarse un día, en una pasión violenta, avasadora, hasta biológica. Y él, en la reticencia, en una misma tarde, frente a frente, agitados nuestros pulmones al despedida, mientras las bras de nuestros respectivos vapores rompían con rumbo diferente las espumosas olas de la mar. Ella corrió a conocer las ruinas de la Vieja Europa y yo iba a estudiar Ingeniería en una de las repúblicas del Sur.

El correr de los días y las emociones intensas de lo nuevo desvanecieron en mi mente las líneas de su imagen. Al cabo de algunos meses, apenas si en esas horas de tristeza, de incomprendible tristeza, surgía la evocación de ella, como algo muy lejano y muy dulce pero que el corazón no le decía, había de volver a mí.

Y fué así. Era nuestro destino. No había mucho tiempo que había yo regresado con mi título de Ingeniero, cuando la casualidad o nuestro sino nos puso de nuevo frente a frente.

Recordo. Era el caer de una tarde de estáo. El sol próximo a hundirse en el horizonte matizaba de rojo la silueta de las montañas y el cielo azulino de una legana por otra orilla pasaba ya, descausado del trabajo diario. De improviso, de entre unos paredones en ruinas, edificados antano sobre la cumbre de un montículo cercano, relumbó un disparo. Una bandada de aves pasó como una sombra sobre mi cabeza; y, una de ellas, hundiéndose sin darme el cazador, vino a caer a pocos metros de donde yo me hallaba. Maquinalmente me acerqué a recogerla.

De entre los paredones asomó un muchacho que descendió de la colina a todo correr. Y detrás, como una visión de levada, apareció una mujer vestida de anazona. Esbelta, blanca. Arrogante. Con la carabina en la mano. Aureolada por los decados rayos de un sol de ocaso, tenía todo el encanto, todo el prestigio de una Diosa mitológica que hubiese brocado por los modernos sus legendarios arcos de caza.

Sorprendido e intrigado, no quise entregar la caza al muchacho que me urgia, y subí hacia ella. Fue una sorpresa doble—¡Ah!—¡Ah!—exclamamos al unisono. Nos abrazamos sincera, cariñosamente como dos camaradas de la infancia. Me invitó a su casa de campo que se hallaba a corta distancia. Por un momento me acordé de sus confidencias. Hacía poco que había llegado de Inglaterra, país el que más le había gustado y en donde había adquirido esa educación, franca, desenvuelta, varonil, elegantísima. Ahora venía con su padre, muy achacoso ya, en esta finca. Se había dedicado a la caza y la que era muy aficionada. Pero, sola, sola y todo se aburría. Ahora era otra cosa. Juntos organi-

zafanos partidas de casa mayor, de la que abundaba en el pecado. Es tan divertido y emocionante!...

Yo la dejé hablar, afirmando todo lo que quiso, o así sin darme cuenta. Tuíale la emoción de lo deseado, de lo infinito: era el amor que envolvía mi corazón en tempestades de besos ignorados.

No pasaron muchos días y ya comprendimos que el amor ligaba nuestras vidas. Las fundía. Creíamos que para siempre. Sin embargo, ella tenía demasiada fortuna y yo no podía ofrecerle sino el povenir de una vida. En presente era la dicha, el esfuerzo. Pero bien. Nuestro matrimonio por todo, y en una mañana de sol asomados a la borda del vapor, veníamos afeitarse por segunda vez las riberas vapores, y nuestras almas vibraban el himno sonoro, triunfal del Amor y de la Vida.

Siete meses después, nos sorprendió el viento, brutal, terrorífico, el telégrama: Había muerto el padre de ella. Era preciso ir pronto.

En tanto, nuestro amor había crecido hasta el desmesa, hasta la forma. Yo no encontraba nada fuera de ella, ni ella nada de mí. Yo por ella hubiese dado hasta el crimen; y ella por mí, parecía su prohibido amor por entre el asombro multicolor de las gacelas... Creíamos que ni la muerte hubiese podido repararnos. En esto surgió el drama.

Un enaño de tantes, envidioso de su suor que, con todos sus cuidados no había podido conseguir, paralizado e tras hipocresías de morales fementidas, la insultó villanamente en un momento impuro y profanamente repudiado. Lloro y rabia y de tanto, busqué con ahínco, y no le valió el ahínco. Al saber que lo conocía, me hizo frente con ánimo de matarme. Nos encontramos en un bar. Su más ni más le crucó la cara de un latigazo con uno que le cubría a prevención. Frenó su alarido sobre mí. Nos enzarzamos a puñetazos y luego a tiros. Nuestro fuor era tal, que nadie se atrevía a conciliarnos. Mi revolver no había tenido—no sé si por desgracia o por felicidad—sino dos tiros que, merced a la configuración de la hecha no hicieron blanco. Desesperado, sin saber cómo herirle, avancé hasta él. Empujé con rabia el arma y de un golpe le partí la frente... Tumbado en el suelo, sangrando por la herida, me trocedí algunos pasos y me hizo los últimos disparos. Al retroceder por instinto, topecé y caí. Creyéndonlo muerto, huyó diciendo: «Lo maté». En realidad no tomaba sino una ligera herida en el brazo.

Se dividió. Queda viva y a gritos. Con alaridos estridentes, solucimanos pedía la vida: «¡La vida, Fernando mió! ¡La vida! ¡No me dejes morir!...» Y me abrazaba y se estrechaba contra mí como un último y supremo refugio.

Yo dormía con ella y con ella agonizaba. A estos mi razón se ceagaba y tocaba los linderos de la demencia: veía todo sangre en derridor into. Quiera oger algo, un cachillo, mataría a ella, matar a todos los que me rodeaban y correr sin descanso tocando a puñaladas a cuantos encontraba en mi camino.

Aún ahora el recuerdo de esas horas me pesa en el corazón, como una enorme, como una monstruosa y horrible pesadilla.

Y comenzó la hecha titánica, alcanzante entre la Vida y la Muerte. Coseguimos acostarla en el lecho. Vieron los reactivos, los calmantes. Cargó en un supor desespejado. Yo, sentado junto a ella no me separaba un instante. A veces cuando me iba para ir a comprar algún medicamento, había desorbitados los ojos por el espanto, y con voz sorda, ferocitana, me imploraba tendiéndome las manos. «Ven, ven, Fernando! ¡Por Dios! Protégeme! Que me maten La Muerte está aquí, aquí... Me cogió...» Era el delirio.

Otras veces en esos raros momentos de lucidez—hablaba del amor y de la muerte con misteriosa seriedad de Santa. Quiera consolarnos: «La muerte!... Tenemos que

morir! Pero el amor es inmortal. De tu lado se irá mi cuerpo, pero mi alma permanecerá siempre junto a la tuya». —¡Oh! No habías de la Muerte. No la mentes a la asesina, destrutora, eludaba yo, sollozante. Y entonces, con voz dulce, armoniosa que sonaba con vibraciones de eternidad, me decía: «No temas! En tus brazos muero feliz!... Mira... No desespere... ¡Crees tú que la esencia de nuestras vidas resurgirá un día del limo de otros mundos y bajo la luz de otros cielos?... ¡Ah! Qué no! Que para ti no hay sino sombras! Pues bien. Yo te juré... con la mano está que hoy destellos en el querer enjugar la lágrima, he de matar las sombras de lo Eterno... y te he de encontrar... Tendrás el mejor de mis besos... Pero no temas... no desespere!...» Y las estrellas de sus ojos que parecían avizorar los abismos de lo Ignoro lanzaban eluvios de amor y de ternura.

Entra cinco días de una amargura sobrelumana. Yo no sé cómo mi corazón no se rompió en pedruzcos. Al fin terminó el día y dos días después, los médicos pronunciaron las mágicas palabras: «Fuerza de peligro». No lo creíamos. Tal nos parecía de inverosímil.

Pues bien. Esa curia de eternidad y de cielo y de martirio, tuvo la vulgar terminación de todos los amores, ¡cómo fue! No sabría explicar. Llegados a la cumbre, había que bajar la bajada. Una ausencia necesaria, que al principio creíamos había de ser corta, sus albedos, sus confidencias, y las cartas que comenzaban siendo continuas y expuestas, concluyeron por suspenderse.

Tal vez las almas en la plenitud del ensueño realizado se suman de amor y no pudiendo amar más, caminan fatales al Olvido... Y olvidan... olvidan! Y también sobre mi corazón fue descendiendo poco a poco el Olvido como una gran sombra gris. Pero, a la, en lo más hondo del corazón; como un plato de luna, como un adorno de dulces añoranzas, quedaba el recuerdo de Silvia, hermosa del corazón. Si, era un suave recuerdo de esperanza.

Viajero de la Vida. A veces, cuando un dolor me asataba demasiado el corazón, defendía el vértigo de la marcha, volvía la cabeza hacia atrás, y con emoción de gratitud, contemplaba la silueta de ella al lado de la mía en medio los senderos de la Vida que florecían a nuestros pasos de grandes flores rojas de amor y de dolor. Y mis ojos añorantes se daban en la suave claridad de los recuerdos... ¡Iacien tanto bien al corazón!

Pues bien, y visionario siempre, juzgaba que yo, mi recuerdo, alguna vez volvería en el corazón de Silvia... Quéis, cuando al morir la había, tantas horas las campanas en la lejania.

No lacia, no. Hace pocos días, en un encuentro imprevisto nos presentaron, creyéndonos desconocidos, y ¡sabe Dios! para esa mujer, una me ama y que sufrió por mí, cuánto amar y cuánto sufrir se puede en la vida en realidad era yo un desconocido. Había olvidado por completo las líneas de mi rostro.

Un desengañ... y un dolor más! Y no por otra cosa sino porque en extraño pero comprensible alucinación, ayer, en el olvido de ella vi la olvido de mañana. Aberración clarividente que en lugar de Silvia me hizo ver a ti, mi Luis, pasar ante mí, impasible y extraño... Y por eso, porque te amo, porque te amo tanto, siento el dolor de lo Olvido, vibra en cada uno de mis besos toda mi lequeras y todos mis tormentos... ¡Porque, si fueras los últimos, ¿?

Luceo quiso protestar, pero Fernando la atajó:—Tú me dirás que me amarás hasta la última, que serás la compañera de mi vida entera. Está bien. Mi corazón quiere seguirte. Pero... no es un plazo más o menos largo con el mismo final? Allí, qué quedará... Una cruz que se derrumba... Un ramo de flores secas que danzan, que susurra quedándose al son de los vientos que pasan... ¡que pasan! Y luego? ¡Un poco de polvo que el viento levanta a los vientos!... ¡La vida! ¡El olvido! ¡La irreductible. Muere el Amor y las él agoniza el Recuerdo.

Luceo no lloraba y ante sus grandes ojos abiertos como dos flores ce alucinación, sus ojos me miraban como la vida que había en un mundo, detrás la Muerte, y como un sombra, como un abismo, el Olvido. Y sus labios un poco pálidos musitaron apesadumbrado:—¡La Vida!... ¡La Muerte!... ¡El Olvido!...

Quito—1920.



L. Giorre
XXI

TUS OJOS

Oración gratulatoria.

*Esparcieron las rosas de su gracia tus ojos
en el yermo impiadoso de mi Otoño angustiado,
encendieron estrellas de esperanza tus ojos
en la sombra del largo sendero desolado.*

*Y la oración de gracias vengo a decirte ahora
por todas las piedades de tus ojos,
por la luz y el perfume, por la estrella y la rosa,
por tus ojos...*

Gracias...

*Haya en lo Arcano una mirada buena
que pague las miradas de tus ojos...
por la consolación y la ternura,
por el amor, por el dolor y la amargura
que saben dar tus ojos...*

Gracias...

*Que el Arcano constele en un cielo increado
la luz de las miradas de tus ojos...
que pervivan, porque han mirado y han llorado,
y porque han consolado,
tus ojos...*

Manuel Benjamín Carrión.

FINALES

*Tei bus tous les lèvres effleurent
sans rien laisser de leur velours
je rêve aux baisers qui demeurent
toujours.*

SULLY PRUDHOMME.

Jardín de mis ensueños, ilusorio
jardín de mis románticas saudades,
en el silencio de tus soledades
digo la iniciación de mi ofertorio.

Hay tardes que al crepúsculo irrisorio,
colmado de sutiles levedades,
una voz sabia en dulces veleidades
turba la ofrenda del copón ustorio.

Pero es inútil, porque el alma buena
será celeste como la azucena,
como el copo de bruma en levedad;

como el girón de nube que se arranca,
o será el beso de una estrella blanca
sobre un remanso de serenidad.

Quayaquil—1920.

J. J. Pino de Icaza.

LA ELEGIA FINAL

Yo te amé largo tiempo y sin que tú lo sepas
y con tu mano suave, muñeca, me has herido...
Mi añejo amor ha sido como esas rosas secas
que tienen un perfume de ayer que ya se ha ido.

Te abro mi corazón, a tí, como a una hermana,
ahora que yo tomo la senda del olvido
y no nos hallaremos... Estás ya tan lejana!
tu vas por otra senda y yo ya estoy perdido.

En esta noche suave, lentamente ha vertido
mi labio la palabra de algo íntimo y sentido...
Recemos el Adiós como última oración.

Ha vuelto ya el Invierno y en los caminos llueve...
Está bien que te vayas y tus manos de nieve
hagan tumba florida para mi corazón.

Augusto Arias B.

Quito, 1920.

Una Sensación

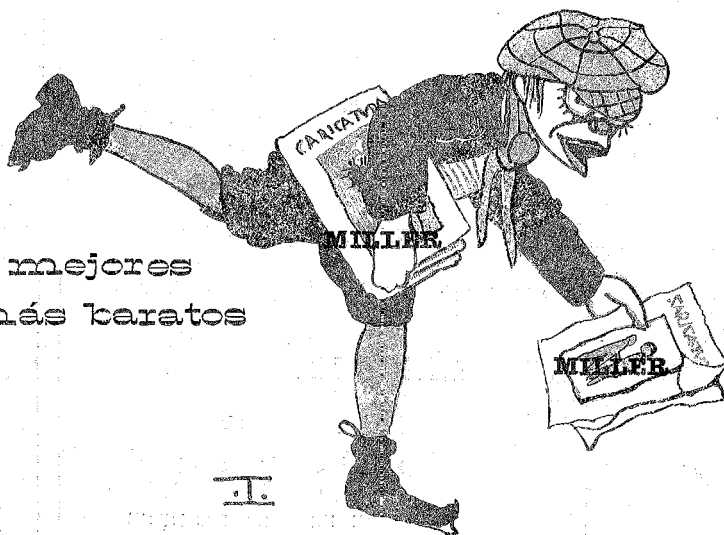
DE FRESCOR PRODUCE
SIEMPRE LA TAN CO-
NOCIDA SAL EFERVES-
CIENTE, PREPARADA BA-
JO EL NOMBRE DE
- **SALVITAE** -
ESPECIALMENTE AL TO-
MARLA EN AYUNAS.

Llantas y Tubos

MILLER

para automóviles

Los mejores
y más baratos



DIRIGIRSE A

Juvenal Murillo

CALLE PEDRO CARBO, N°. 1006.

GUAYAQUIL